

Los resultados reales del Socialismo Marxista en el Mundo

Trabajo de Equipo

Mayor Manuel Bonnet Locarno

Mayor Juan M. Oliveros Rosas

Mayor Jaime Perico Alvarez

PRIMERA PARTE

EL IMPERIALISMO SOCIALISTA

¿HACIA DONDE VA EL COMUNISMO?

Engels escribió en cierta ocasión que “todo el que diga que puede llevarse a cabo una revolución socialista en un país en el que no existe ni proletariado ni burguesía, prueba con esta afirmación que todavía no ha aprendido el abecé del socialismo”. Sin embargo, la paradoja del socialismo reside en que éste ha triunfado precisamente en aquellas sociedades en que el capitalismo era débil, donde apenas existía proletariado y donde la coalición de intelectuales y campesinos hambrientos de tierra era la que realizó la revolución. Las medidas de política socialista no tuvieron el carácter de respuesta al sistema de producción industrial, sino que fueron, más bien, la forma de llegar a la industrialización mediante métodos totalitarios.

Esto fue lo que ocurrió en la Unión Soviética, que en fecha tan tardía como 1939 era el único país que se proclamaba socialista. Lo mismo puede decirse de los países que después de la segunda guerra mundial se sumaron al “campo socialista”, es decir, los regímenes de la Europa del Este, de China, de Corea del Norte, de Vietnam del Norte y de Cuba.

Después de terminada la guerra y durante cierto período de tiempo, Stalin pudo conservar el modelo establecido de la

ortodoxia soviética. A lo largo de los años más duros de la guerra fría, es decir, desde 1948 a 1953, se emplearon para reconstruir la economía soviética los mismos métodos terroristas, los mismos campos de trabajo, las mismas coacciones sobre el campesinado que se habían utilizado en el decenio de los treinta para crearla. Los resultados fueron notables. En la época en que murió Stalin la industria soviética había alcanzado un alto nivel técnico, y tenía capacidad para producir energía nuclear, cohetes espaciales y otros complejos productos, aunque seguían escaseando las viviendas, los alimentos y los bienes de consumo. Fue también notable, aunque en un plano diferente, el éxito con que Stalin impuso en las naciones satélites de la Europa del Este copias exactas del sistema soviético. A cada uno de estos países se les dotó de una industria pesada básica; a todos se les forzó a colectivizar la agricultura; todos copiaron desde los detalles de la mecánica administrativa hasta los métodos policíacos, e inclusive el diseño de los letreros de las tiendas. A todos los países se les obligó a ajustarse lo más posible al mismo molde sin tener en cuenta las diferentes tradiciones nacionales. Se dedicó mucha palabrería al tema de que estas democracias populares tenían ante sí "un nuevo camino" hacia el socialismo, y se expusieron argumentos en defensa de la idea de que, gracias a la destrucción de los viejos regímenes en la guerra y a la ayuda de la Unión Soviética, estas naciones podrían dedicarse ahora a implantar el socialismo sin que tuvieran que pasar previamente por un período de democracia burguesa. Sin embargo, esta "revolución desde arriba" no era otra cosa que la adopción forzosa del modelo estalinista de socialismo. Todo lo que fuera tratar de apartarse de este modelo, terminaba, como en el caso de Yugoslavia, en la expulsión de la comunidad socialista o en purgas draconianas por "desviacionismo nacionalista". Los años siguientes a 1948 quedaron señalados con una serie de parodias de juicios contra comunistas que, en algún aspecto, se habían apartado de la línea estalinista.

No obstante, hacia 1953 esta línea resultaba claramente incapaz de seguir funcionando. La sociedad soviética había alcanzado un grado tal de complejidad que ya no podía gobernarse con las expeditivas y rudimentarias técnicas que habían hecho su servicio en los años treinta. Para seguir desarrollándose, la sociedad soviética necesitaba más flexibilidad en lo re-

ferente a política interior, de la misma forma que necesitaba zafarse de las dificultades que en política exterior le habían creado las intransigentes tácticas de Stalin. En los regímenes satélites el descontento popular era cada vez mayor. Los gobernantes comunistas podían sobrevivir porque el ejército soviético les garantizaba el poder, pero la colectivización no había dado en estos países mejores resultados que en Rusia y por otra parte, la industrialización estaba generando una nueva clase de trabajadores que estaba tan explotada e inquieta como el proletariado de los países occidentales en tiempos de Marx. Yugoslavia y China seguían políticas independientes y lo único que el movimiento comunista había conseguido en las demás partes con su línea "dura" de la guerra fría era el aislamiento y el fracaso. La ortodoxia estalinista seguía con la pretensión de que era marxista pero, tanto teórica como prácticamente, se había metido en un callejón sin salida.

A partir de 1948 los comunistas yugoslavos habían comenzado a introducir importantes revisiones en esa ortodoxia estalinista y estas revisiones habían ido acompañadas de airadas denuncias por parte de Moscú, que probablemente más sirvieron para dar publicidad a la herejía revisionista que para combatirla. En 1955, el sucesor de Stalin, Nikita Khrushchev, rompió por primera vez, y de forma sensacional, con el pasado. Tomó un avión y se fue a Belgrado, admitió que Stalin había cometido "errores" y dió órdenes para que se dejase de combatir al régimen de Tito. A los pocos meses, los comunistas soviéticos se reunieron en el XX Congreso del partido y en él escucharon el discurso secreto de Khrushchev —cuyo texto, a pesar de ser secreto, pudo adquirirse al poco tiempo— en el que dió un informe de los crímenes de Stalin. Este discurso, que dejó muchos puntos sin aclarar y muchas cosas sin decir, se centró principalmente en los métodos terroristas que Stalin había empleado en contra de comunistas leales y no en las equivocaciones más fundamentales de su régimen. En cualquier caso, confirmó muchas de las ideas que los trostkistas y otros antiestalinistas habían estado defendiendo durante muchos años, incluidos los detalles de las purgas y la destrucción por parte de Stalin de la vieja élite revolucionaria rusa.

Este discurso produjo sorpresa y estupor. Al confirmar muchas de las cosas del estalinismo que hasta entonces no ha-

bían sido más que conjeturas, quebrantó al movimiento comunista entero. Al mismo tiempo, las revelaciones de Khrushchev parecían entrañar la promesa de una era de reformas, en la que las diferencias de opinión no llamarían la atención de la policía secreta y en la que podría hacerse un nuevo intento de construir una sociedad socialista más en consonancia con el modelo original marxista. Por razones doctrinales, Khrushchev insistía continuamente en la necesidad de volver a las "normas" leninistas que Stalin había violado, pero, en realidad, el mismo Khrushchev se había convertido en el principal revisionista. Una simple mirada al programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, que se publicó en noviembre de 1961 después del complicado debate que, en torno a la desestalinización, se había producido en los cinco años precedentes, pone de manifiesto la forma sinuosa en que la nueva dirección del partido trataba de conciliar los logros obtenidos durante la época de Stalin con lo que resultaba claramente necesario hacer para que la Unión Soviética se convirtiera en un régimen concorde con el modelo socialista tradicional.

Puede que una sacudida de esta clase fuera necesaria para arrancar del cuerpo de Rusia la camisa de fuerza que le había impuesto Stalin, pero la conmoción fue tan violenta que casi arrancó de la esfera soviética a toda Europa del Este, y desde luego, fue el comienzo de la separación de China. El discurso de Khrushchev tuvo un gran efecto popular. En todo el mundo comunista hubo un estallido de ideas revisionistas y como consecuencia, los comunistas empezaron a releer a Marx y a descubrir hasta qué punto se habían separado Lenin y Stalin de la concepción marxista original. Pero, al mismo tiempo, los dirigentes soviéticos presionaban en los regímenes satélites para que introdujesen las reformas necesarias antes de que el descontento y la intranquilidad de las masas terminará con ellos. Lo que estas presiones consiguieron fue, sin embargo, hacer a estos regímenes más inseguros y vacilantes. Una desestalinización repentina y sensacional era posible en la Unión Soviética, en la que cuarenta años de alistamiento y de dictadura habían excluido cualquiera otra alternativa real al régimen comunista, pero en los regímenes de la Europa del Este era una cosa muy arriesgada. En primer lugar, los dirigentes soviéticos podían apelar a la autoridad de Lenin para desautorizar las decisiones

de Stalin. A pesar de ser criaturas de Stalin podían sacudirse parte de la responsabilidad que les correspondía por lo que había ocurrido diciendo que también ellos habían estado sometidos al terror policíaco, y podían conseguir el apoyo popular prometiendo que los antiguos males no volverían a repetirse. Pero los políticos de los regímenes satélites no tenían ese recurso. Eran hombres de Stalin, elegidos a dedo. El ejército de Stalin era el que les había posibilitado aniquilar a las coaliciones que habían surgido en la post-guerra en la Europa del Este a imponer un comunismo de corte estalinista. Si se repudiaba a Stalin, ¿cómo podrían sobrevivir ellos? Si se abandonaba la idea del internacionalismo proletario (que era la expresión comunista para designar al apoyo del ejército soviético), ¿quién podría controlar el incipiente nacionalismo de sus países? Salvo en el caso de los polacos, que no habían fusilado, sino sólo encarcelado a las facciones de los “comunistas nacionales”, los partidos de los países satélites no tenían siquiera dirigentes con suficiente personalidad, libres de la mácula del estalinismo, a los que, como alternativa, pudiera rehabilitarse en esta crisis.

Lo que probablemente salvó al régimen polaco del colapso fue que todavía vivía Wladislaw Gomulka, antiguo secretario de los comunistas polacos. El revisionismo fue más lejos en Polonia que en parte alguna; y lo mismo ocurrió con su profundo sentido del nacionalismo y con la adhesión que la Iglesia Católica encontró en amplios sectores de la población. Con una serie de maniobras desesperadas que iban desde la amenaza de una insurrección armada contra los rusos hasta la reorganización tanto de la dirección como de la política del Partido Polaco de los Trabajadores, Gomulka consiguió que la “revolución polaca”, que así se la llamaba en muchas partes, terminara en una solución pacífica aunque de compromiso. Polonia escogería su propio camino hacia el socialismo, seguiría dentro del campo comunista pero abandonaría los rasgos más negativos del estalinismo y entre ellos el de la colectivización de la tierra.

Hungría tuvo menos suerte. Tenía un posible líder en Imre Nagy, que ya se había dado a conocer en los años siguientes a la muerte de Stalin como el protagonista de una “nueva línea”. Sin embargo, tenía también a Rakosi y Gerö, que seguían con el control efectivo del poder y que eran de los estalinistas más

despóticos e inflexibles de Europa. Hasta los intelectuales del partido se mostraban francamente hostiles al régimen y servían de catalizadores del descontento de trabajadores y campesinos. En 1956, en nombre del “verdadero socialismo”, se levantaron contra el régimen, y lo destruyeron en pocos días.

El final de la historia es bien conocido. El ejército soviético, luego de haberse retirado al principio, volvió después de que Imre Nagy hubo permitido que se formasen partidos burgueses, proclamado que Hungría era un país neutral y anunciado que se retiraba del Pacto de Varsovia. La revolución fue aplastada y se estableció un nuevo régimen comunista bajo la dirección de Janoss Kadar. De todas formas fue un acontecimiento importante porque la revolución húngara tuvo ciertos aspectos que la hicieron parecerse más al modelo original de Marx que ninguno de los fenómenos de esta índole. Resulta irónico que se produjera en un país teóricamente comunista, pero lo cierto es que en la revolución húngara se dieron todas las “condiciones previas materiales” que Marx había establecido, salvo una: la industria no era propiedad de una clase capitalista explotadora, sino que estaba bajo el control de una camarilla burocrática que actuaba como clase dominante, con derechos monopolísticos sobre la economía y sobre el conjunto del aparato estatal. En los demás aspectos la comparación con el modelo marxista era precisa. Había un proletariado explotado, una inteligencia insatisfecha y un campesinado deprimido. Existía concentración de la industria, estancamiento económico y un nivel de vida decreciente. Y lo que era más importante, existía una ideología revolucionaria (en los textos marxistas que el régimen húngaro había distribuido profusa y devotamente), que podía emplearse para movilizar la voluntad de cambio. Lo que en cualquier caso prueba el auténtico carácter revolucionario del levantamiento es que todas sus demandas fundamentales —excepto el reconocimiento formal de otros partidos políticos y su retirada de la alianza con la URSS— han sido aceptadas como elementos necesarios del “socialismo húngaro” por parte del régimen de Kadar.

En los diez años subsiguientes la desestalinización ha seguido su camino con diversa fortuna en la Europa del Este y en la URSS. Ha habido cierta liberalización, se ha aflojado la rígida política estalinista en cuestiones culturales, ha apare-

cido una actitud más conciliatoria frente a los países neutrales e inclusive capitalistas. También se ha autorizado la entrada en los países comunistas de un número bastante elevado de turistas occidentales, aspecto éste ante el que Stalin se mostraba tan sensible que en su época no había otros turistas que determinadas “delegaciones” de visitantes previamente seleccionadas. No podemos pararnos aquí a comentar todos estos acontecimientos ni podemos analizar las complejidades ideológicas del revisionismo marxista. Ambos temas trascienden, en realidad, los límites de este libro.

Debemos, no obstante, dar una idea general acerca de los cambios que han acontecido en Rusia y en la Europa del Este desde la muerte de Stalin. Todos ellos suponen un descenso tanto en la ortodoxia como en la militancia y este descenso parece haber dado mayor estabilidad a los regímenes en que se ha producido. Sugerir que estos regímenes comunistas se están haciendo populares, en el sentido de que cualquiera de ellos podría ganar unas elecciones, sería decir demasiado, pero, en cualquier caso, se han hecho mucho más flexibles, más sensibles a los cambios de la opinión pública y más dispuestos a tolerar las disidencias.

Son precisamente estos cambios los que han suscitado la ira de los Chinos, quienes consideran esta evolución como una traición al socialismo, provocada por la cobardía y la confusión mental de Khrushchev y de sus asociados. Desde 1957, en privado, y desde 1960, en público, los chinos se han opuesto a todas las decisiones de la política soviética. Se han opuesto a la desestalinización, a la insistencia con que Khrushchev defendía la necesidad que en la era nuclear existía de una coexistencia pacífica entre los sistemas sociales diferentes. Se han opuesto también a la ayuda que los soviéticos prestaban a los nacionalistas burgueses (tales como Nehru y Nasser), a las tácticas de los comunistas franceses e italianos, a las relaciones de los soviéticos con Yugoslavia, a los acontecimientos que se han producido en la Europa del Este, a la resistencia y a la desgana de los rusos a prestar el adecuado apoyo a Cuba y a Vietnam del Norte en sus conflictos con Estados Unidos y sobre todo, a que Rusia no haya prestado a China ni la ayuda económica ni la ayuda nuclear que Pekín deseaba.

Sería fácil despachar la cuestión de los comunistas chinos diciendo de ellos que son unos estalinistas recalcitrantes. En su dogmatismo, en sus suspicacias ante los inconformistas y en su insistencia en que la industria se construya según el modelo estalinista se encontrarían muchas razones para justificar el apelativo. Pero hay también un matiz trotskista en su fe mesiánica en la revolución. Han repudiado, efectivamente, a los rusos, de forma muy parecida a como en su día Lenin repudió a la Segunda Internacional, y al tiempo que han repudiado a los rusos han repudiado también a la mayor parte de los comunistas de los países avanzados. El verdadero creyente, dicen los comunistas chinos, está hoy más con Pekín que con Moscú, está dispuesto a ir a la lucha armada en contra del imperialismo, se solidariza con la suerte de los campesinos pobres de Asia, Africa e Iberoamérica, y la potencia nuclear del imperialismo occidental no le aterroriza hasta el extremo de llegar al "capitulacionismo 3" *"Los comunistas chinos han llegado inclusive a pronosticar que una tercera guerra mundial acabaría en el triunfo universal del comunismo, y así podría ocurrir, en efecto si los rusos y los occidentales emplearan masivamente su potencia nuclear unos contra otros"*, y los cientos de millones de campesinos que sobreviviesen heredarían, bajo el liderazgo de los chinos, la tierra.

Es comprensible, de todas formas, que, cuando por fin la Unión Soviética está acercándose a ciertas posturas que, de alguna forma, resultan comparables en lo económico y en lo militar a las de Occidente, no le resulten atractivas esas doctrinas militantes. ¿Qué ganaría hoy la Unión Soviética con entablar una lucha abierta contra Estados Unidos, con distraer parte de sus recursos y de su energía política para promover guerras de campesinos en todo el mundo, con imponer un nuevo corsé ideológico a su propio pueblo o a los de la Europa del Este? ¿Serviría una política así a los intereses soviéticos, aun cuando pudiera compaginarse más fácilmente con las doctrinas del comunismo ortodoxo que suscriben los chinos?

Después de casi cincuenta años de *penalidades y de dictadura*, la Unión Soviética va *tanteando lentamente* el camino hacia una forma diferente de sociedad, desde luego basada en la propiedad estatal de los medios de producción, distribución y cambio, y posiblemente más próxima a la idea occidental de

lo que tiene que ser el socialismo de acuerdo con los principios de la dignidad y la libertad humana. La configuración que esa sociedad vaya a adoptar no es previsible de lo que lo fueron en su momento los acontecimientos concretos que siguieron a la muerte de Stalin. Pero lo cierto es cómo en Rusia está surgiendo una nueva sociedad por consecuencia de la industrialización, el crecimiento de las ciudades, la aparición de nuevos estratos sociales de ejecutivos, técnicos y profesionales, la necesidad de paz y de crecimiento económico.

En China está aún lejano el día en que pueda darse una situación de este tipo. Aparte de su adhesión ideológica a una política revolucionaria y de apoyo a todos los movimientos antiimperialistas de todos los países sub-desarrollados —que inevitablemente presenta matices raciales “antiblancos”—, sus gobernantes tienen todavía que lograr la transformación e integración de la población campesina más numerosa de la tierra en una economía moderna y viable. El intento de obviar el proceso de “implantación del socialismo” mediante la creación de comunas campesinas no fue, ni mucho menos, un éxito y constituyó, por otra parte, uno de los motivos de fricción con la Unión Soviética. Tampoco se vió cumplida la esperanza china de emplear los recursos de la Unión Soviética para acelerar su propio proceso de industrialización. Si a todo lo que antecede se añaden las peculiares tradiciones políticas de China y su largo aislamiento del mundo exterior —que se ha visto reforzado por su exclusión de las Naciones Unidas y por el hecho de que los Estados Unidos no la hayan reconocido— parece claro que, todavía durante muchos años, el comunismo chino será un factor dinámico y difícil de la política mundial.

(Continuará)